

CARTOGRAFÍAS



Un regalo para alguien
que aún no conocías

Miguel Ángel Petrecca

De <i>El gran furcio</i>	7
De <i>El Maldonado</i>	15
De <i>La voluntad</i>	27
Traducciones	37
Inédito	45

De *El gran furcio**

* *El gran furcio*, Gog y Magog, Buenos Aires, 2004.

El gran furcio

Lo que deseaba era mantener en frío
los nervios, antes de la ocasión,
antes del cohete. Lo que pasara después
no era nada; necesitaba
mantener astutamente la cabeza
gacha, levantarla apenas
en los momentos de estribillo,
con un desliz de ojos hacia arriba
aspirar y volver a bajar
reconcentrado y siguiendo
el mosaico de tapitas de gaseosa
en el asfalto.

Mientras algunos hacían caballito para mirar
las mujeres eructaban con un regusto breve
de tuco, los chicos miraban a través
de las botellas marrones
como en un eclipse. Yo hacía el circuito, ya
por la vuelta cuarenta al menos
discreto, formal, atento a los aplausos y los coros
con una bolsa de papafritas que chupaba
en vez de masticar.

Cuando el animal salió, impresionante
como un ojo o una chispa, la mayoría
retrocedió unos metros de las barandas.
En ese momento, quemando nervios
comencé a empujar hasta ubicarme
en una peligrosa avanzada, delante
de ese animal tatuado, cobrizo, extraterrestre.
Salté la verja y lo monté. Un corcoveo
y ya estaba entre las heces, en el piso, consciente
de haber tocado el gran furcio.

Llaves

Cambiaste las cerraduras pero
 se te olvidó tirar estas llaves
 perdidas en un cajón, duplicados
 anacrónicos, sin uso de las llaves
 de todos los días, pensados
 para el momento en que nos sacarían
 de un apuro doméstico, como
 a un arquero suplente le toca
 entrar en una final, esperan
 acostumbrándose a ese eterno
 segundo lugar, tan cerca
 de la simple inutilidad. Llaves que
 mientras das vuelta el cajón, ponés
 en un costado, junto a las cosas
 cuyo destino inmediato oscila
 del tacho de basura a la posible
 reivindicación, ese pantalón
 de hace dos años con la etiqueta
 del negocio colgando: un estreno
 quizás postergado esperando
 esta oportunidad, como si
 lo hubieses comprado pensando
 en un regalo
 para alguien que aún no conocías.

Entre dos puntos

La ropa que no pensamos llevar
 la doblamos así nomás empujándola
 adentro de un cajón, tenemos
 un mapa arrugado en mano donde ver
 entre colores y dibujos a escala
 nuestros lugares. Después de tanto
 de andar sueltos, lo más raro
 es este espacio-tiempo, parecido
 al instante en que dos extraños se cruzan
 en un aeropuerto. Señalo con un dedo
 una ruta que es un dedo, tendido
 hacia cualquier lado. Nuestros preparativos
 consisten en imaginar, hacer una lista
 mental de objetos nunca vistos, de encuentros
 y desencuentros como túneles
 de hormigas, intrincados. Mi cepillo de dientes
 es verde, el tuyo azul, pero no importa
 si nos confundimos. Sacudís el bolso
 y las cosas adentro chocan con ruido
 amortiguado por la ropa en un bollo,
 un par de pantalones viejos y pullover
 un par de remeras, gorros para el frío.
 Tenés ganas de quemar algo, pero te basta
 con prender un cigarrillo y observar
 la llamita metida, como un animal peligroso
 dentro de esa ceniza. Te toco
 a lo largo de un brazo, y voy al baño
 donde ahora que nos separa una puerta
 puedo imaginarte, igual que recién
 imaginaba bestias, ciudades
 cambiadas por la nieve al caer; entonces ya no estás
 y estoy contento de tener que viajar
 aunque sea entre dos cuartos, para encontrarte.

Desierto

Lo que es para nosotros el desierto:
una estación de servicio concentra
a su alrededor a la población
nómada, los kioscos
no fían, el futuro de los negocios
es impredecible: dos camioneros
despliegan un mapa y leen a la luz
de la cabina.

AUTOS QUE QUEDARON
como un acordeón, o volcados
a diez metros de la banquina
después de intentar, imagino
esquivar una vaca que aparece
a la vuelta de una curva: chatarra
prodigiosa de los accidentes
dejada a modo de advertencia
a ambos lados del camino.

*De El Maldonado**

* El Maldonado. Gog y Magog, Buenos Aires, 2007.

Una ciudad recién fundada

Colectivos tapados de polvo
desde Avellaneda, Burzaco, Banfield,
desde La Plata, Temperley, Bosques,
vienen día y noche, van y vienen,
carros de cartoneros, combis, autos,
motos con encomiendas y cartas,
camiones como hormigas con su container,
y camiones de basura en la madrugada
hacia provincia a enterrar su carga,
vienen y van, patrullas, ambulancias,
carros atmosféricos y de bomberos,
todos con sus sirenas y sus luces,
colectivos repletos, tambaleantes,
hacia Paso del Rey, Moreno, Ezeiza,
Lomas de Zamora, Quilmes, Echeverría,
van a paso de hombre, de tortuga,
en los cuellos de botella detenidos,
en peajes, en piquetes, en barreras,
van con gente en el estribo trenes,
algunos ya sin las persianas metálicas
codiciadas por la industria de la refundición,
otros con las persianas cascoteadas
a su paso desde el borde de las villas,
van el Gran Capitán, el Tucumano
y el ramal a Córdoba recién reabierto,
el Belgrano, el Sarmiento, el Sanmartín,
y el Belgrano cargas, lentísimo,
todo un montón de hierro viejo,
van ómnibus de larga distancia
medio vacíos fuera de la temporada
hacia los balnearios vacíos y últimos,
hacia los pequeños oasis de las YPF,
van con sus choferes cansados que cabecean
en medio de la ruta soñando un accidente,
despertándose un segundo antes para evitarlo,
van con trabajadores golondrina,
con viajantes de comercio y turistas,
van con familias nómades y fugitivos,
por las rutas provinciales y nacionales,
polvorientos por caminos de ripio

que registran sólo los mapas mentales,
van hacia las salinas y los yacimientos,
bordeando las vías muertas de tren,
entre medio de los campos de soja,
van con el sol calentando la carrocería
o una tenue luz de minero en la frente
de noche, por un túnel subfluvial,
van hacia las villas, hacia los villorrios,
hacia las últimas poblaciones perdidas,
van hacia una ciudad recién fundada.

Recoleta

En medio del tercer truco del día,
en la bisagra entre las buenas y las malas,
los cuidadores conversan sin mirarse
en el sótano de una bóveda familiar,
mientras un bromista aburrido afuera
lee en voz alta los apellidos compuestos,
camina al azar deteniéndose en una pared,
donde las avispas hicieron recientemente
nido o un yuyo va levantando el revoque
de a poco; demorándose en vueltas innecesarias
deja que pasen volando los minutos
y termina así entre las visitas rezagadas
que los empleados expulsan sin tacto,
ansiosos por cumplir el horario de cierre.
Árboles viejos inclinados hacia el piso
como brazos torcidos en su pulseada
contra el viento bordean la pared roja
por afuera. Dos hombres en una terraza vecina
como si acabaran de lanzar un bumerang
miran a lo lejos, tensos, esperando.

Vetas

Vetas relumbrantes y escurridizas como una anguila,
filones que corren bajo tierra en zigzag
sueña el minero y al despertarse aún olfatea
en el aire el tesoro deshecho con el sueño,
el seminarista eyacula dormido y el agricultor,
inquieto, divisa en el horizonte del sueño
colores que son sin duda para su cosecha
señal de ruina. Patrullas municipales sigilosas anoche
fumigaron contra los mosquitos en el parque.
Mientras una ola polar se prepara hace días
para invadir la ciudad yo duermo destapado
dando vueltas en la cama, soñando con el río
turbio que corre entubado bajo mi calle.

La ciudad

Desde el centro de su telaraña ferroviaria
llama sin parar a viajeros e inmigrantes,
perdidos en la maraña de calles nuevas
que a cada minuto se abren sin respetar
el diseño recto, calles en falsa escuadra
y recién bautizadas, basurales fronterizos donde pastan
caballos flacos, flecos últimos, desteñidos
de la ciudad de donde emergen pioneros,
fantasmales, colectivos llenos de polvo
en dirección al Centro; se extiende
de manera deforme y se sale de cauce,
desbocada, anexándose casi sin criterio
terrenos aledaños, caseríos, tierra yerma,
y a la vera de los arroyos zigzagueantes
avanza con redes cloacales, con tendido eléctrico,
aplicando una cuadrícula estricta y antigua
sobre el desierto, entubando
arroyos díscolos, pavimentando
y repavimentando lo que una y otra vez
el sol, la lluvia o la misma llanura sabotean;
traga y traga materias primas y escupe liso
el carozo brillante en los basurales,
abonando con cadáveres
y desperdicios el suelo para que crezcan
indefinidamente y cada vez mas alto
y cada vez mas fuerte sus propios frutos.

Lotes

En forma de saldos editoriales prematuros
 se dirigen hacia los kioscos y librerías de viejo
 las novedades: novelas pasatistas y voluminosas,
 fascículos de enciclopedias, revistas, ejemplares
 de la enésima colección de clásicos tapa dura.
 El hombre que avizó desde su balcón
 una avioneta dando vueltas sobre el área
 va finalmente hasta la cocina y estudia
 a la luz de la heladera los restos de una cena.
 Dos hielos se han disuelto del todo
 en el vaso sin enfriar para nada el líquido.
 Afuera, gesticulando micrófono en mano
 los predicadores permanecen de pie en la plaza
 anunciando las siete plagas divinas;
 pero un pronóstico más inminente que el suyo
 nace de los labios de quien distinguió,
 hace minutos, un pelotón de nubes
 de lluvia. antes de que oscurezca ya del todo
 y los dos viejos ajedrecistas en la plaza
 se vean forzados a replegar sus ejércitos
 hasta mañana, siempre hay en la calle
 algún vendedor borracho que pregona:
 "ya están a la venta los lotes imaginarios
 de la ciudad que en nuestro desierto imaginario
 se va a levantar: una avenida ancha y zigzagueante,
 y todo el día de punta a punta, toda la noche
 una línea de colectivo única que la atraviesa
 con sus ventanillas tapiadas de polvo.
 Manzanas cuadrículadas y terrenos baldíos
 en los que no resulta para nada difícil
 imaginarse a uno mismo manguera en mano,
 regando día tras día, con empeño,
 retoños achicharrados por el sol."

Verano

Desde la esquina donde algunos hombres
 hace un rato hicieron con basura y fuego
 una ceremonia llega ahora hasta su casa
 el olor a plástico y madera quemados.
 Al anecdotario del verano van a agregarse,
 si hay tiempo, algunas hazañas más:
 brindis en cadena y sobremesas sin fin,
 discursos, cháchara y verso, pero después
 la ropa liviana va a migrar al fondo de un placard,
 y la vista de esas sillas en el patio,
 en ronda, tal como quedaron al final
 del último asado, va a proyectar de nosotros
 una imagen irreconocible. ¿Qué fue lo que se dijo
 y con qué objeto? En el calendario
 un círculo en birome entrevisto al pasar
 le recuerda la proximidad de un cumpleaños.

El fin del mundo

El más viejo del mundo será probablemente también el último oficio en desaparecer: escritores, pintores, etc., habrán desaparecido hace rato para ese momento: nuevos oficios habrán surgido en el medio para desaparecer ellos también, sin chance, tarde o temprano, y algunos antiguos tendrán de yapa antes de extinguirse tal vez un último auge; carpinteros y albañiles, plomeros, electricistas y otras yerbas de la construcción durarán mucho más que la mayoría sin duda, para apuntalar las viejas ciudades en decadencia o para fundar nuevas lejos del cambalache; pero a la larga se habrán vuelto obsoletos también ellos: la construcción: obsoleta, los porteros obviamente obsoletos arrastrados en esa misma vorágine y junto con ellos los soderos y jardineros, los ascensoristas y empleadas domésticas, al igual que biólogos y botánicos empeñados en bautizar y catalogar las nuevas especies; sobre el yuyo que en seguida reemplaza el asfalto o crece en los escombros las putas seguirán hasta el final ejerciendo el suyo, y se me cuentan con los dedos de la mano los otros oficios que todavía valdrán algo: cada día desaparecerá uno distinto como en una rápida cuenta regresiva; puesto que el futuro viaja desde el centro hacia afuera todavía seguirán pululando un tiempo en los suburbios, sin descendencia, sus últimos representantes, igual que la luz de las estrellas muertas hace rato, convencido cada uno de ellos, sin embargo, que los herederos de sus herederos han de estar, junto a las cucarachas, el último día repitiendo de memoria el decálogo del oficio.

La mulita

Aunque mucha agua pasó acá bajo el puente y el paisaje no es el mismo ni sus habitantes aun puede sorprenderse a veces a este animal en una de sus incursiones temerarias a la superficie, cuando cruza la ruta bajo el peso de su caparazón: una verdadera armadura, sólida, aunque algo aparatosa, y hasta cierto punto también contraproducente por la lentitud que lleva aparejada. Arraigadas al suelo siempre y siempre a la defensiva, también en estas especies que se conservan durante siglos hay una épica, una fábula que nos suena similar a la del pasto irrumpiendo en la ciudad bajo el asfalto resquebrajado, la voz del desierto mismo y sus habitantes. Jaurías de perros migran a través de la provincia y los médanos se mueven un centímetro cada año, mientras ella, sorda a cualquier idea de éxodo permanece en su bunker, acarrea alguna piedra para apuntalar la entrada y sigue cavando a ras del piso su túnel elemental.

*De La voluntad**

* *La voluntad*, Bajo la luna, Buenos Aires, 2013.

Novelista

¿Será posible entonces que todo cobre sentido de repente,
como si agarraras diez años de tu vida y batiéndolos rápido
los volcaras en el formato preexistente de una novela?

No es tan fácil, parecen repetir, una y otra vez,
hombres que miran desde la ventana de un bar.

Ellos también se hicieron la misma pregunta antes,
mucho antes de que en vos naciera el germen
de esta fuerza que te obliga a caminar en redondo.

Algunos, tras responder negativamente,
dedicaron otra década a amaestrar un perro,
cultivar tomates en el jardín de su casa o convertirse
en coleccionistas de un objeto antiguo y anodino.

Cuando más tarde volvieron con ímpetu a la carga
buscaban mentalmente moldes donde verter su vida:
diez años acá, cinco allá, veinte en una frontera.

Sin embargo, el problema no era de forma sino de fondo.

No estaba, como el vino, añejándose en una bodega profunda
la experiencia, esperando el momento del descorche;
había escapado, quién sabe bien cuándo y por qué orificio,
dejando en su lugar como un inmenso depósito
donde flota, sin llegar a evocar nada, un perfume familiar.

Paisaje

El examen de sus documentos personales,
 agendas y cuadernos que llevaba consigo
 o servilletas llenas de mapas y garabatos,
 podrían mantener ocupado durante décadas
 a algún pobre diablo con alma de detective.
 Y sin embargo no llegarían a revelar mucho
 sobre la vida del hombre en cuestión.
 Una vida así derrochada entre esos papeles
 tendría como único saldo tangible al fin
 la acumulación de más documentos y comentarios,
 un tesoro documental anexado al primero
 a la espera de nuevos comentaristas.
 Date una vuelta por el lugar donde vivió
 y tratá si podés de alejar los ojos
 de la torre de agua que preside horrenda,
 igual que un espantapájaros, la zona.
 Tal vez después de esa pequeña excursión
 no estés más cerca de ninguna clave,
 pero al menos podés sentir a la vuelta
 una especie de empatía mientras mirás desde la autopista
 adefesios de hormigón, fábricas y hoteles que ensayan sin mucho éxito
 tibios gestos de seducción hacia los viajeros,
 y decir: este era al fin, más que nada, uno de los nuestros.

Poeta joven

Yo sangré para escribir estos poemas,
 se jacta el chico en el bar después de unos vasos
 y al observar la mueca que provoca en la chica
 quisiera hundirse en el que tiene ahora entre sus dedos.
 Tampoco él sabe cómo se vuelve del ridículo,
 y buscando con la vista al mozo se le ocurre apenas
 pedir la cuenta rápido y emprender la retirada.
 Para su alivio una gitana le revela al otro día
 que están destinados a no cruzarse nunca más.
El recuerdo del papelón se apagará con los meses
y en menos de un año no recordarás la anécdota.
 Qué considerado es el destino a veces. *Hay algo más,*
 dice la gitana, apretando la mano que el joven ya retira,
 y señala con el dedo una línea en zigzag: *Veo un viaje.*
 Y luego: *son cincuenta pesos.* Una vez en la calle
 el alivio cede de golpe frente a otra duda:
 ¿no será, en realidad, con la poesía misma,
 con la que está destinado a no cruzarse ya?
 De ser así, estaríamos ante un problema (la inspiración)
 tan complejo como el del ridículo. En el colectivo
 se duerme rápido y sueña con la mujer de un compañero
 para descubrirse, al despertar más tarde,
 en medio de una erección. El colectivo está vacío
 salvo por dos cabezas dormidas que se balancean
 a cada bandazo. Van por una avenida ancha,
 con casas de colores altisonantes que parecerían
 remedar los rojos exuberantes de un atardecer tropical,
 no los de este amarronado en cuya composición intervienen,
 como a instancias de un alquimista, los diferentes gases que suben
 desde fábricas a las que estas casitas sirven
 de humillado hinterland. Me pasé la parada, piensa,
 aunque tal vez sea este el viaje del que habló la gitana.
 ¿Qué idioma hablarán allá afuera, qué costumbres extrañas,
 qué reglas de protocolo tendrán? Las pocas caras
 que mira pasar, cabizbajas, azotando sin ánimo sus caballos
 no le dicen demasiado ni lo seducen. Tal vez el ridículo
 no sea el único lugar del que no se vuelve, piensa de golpe,
 alarmado, mientras saca una libreta de su mochila.
 Pero, a juzgar por las garabatos obscenos que anota al pasar,
 parece que la inspiración tampoco habita en este lugar.

Ventanas

Que el ruido de una moto te distraiga
 justo cuando estabas por salir de la bañera
 corriendo desnudo al grito de jeureka, eureka!
 no es una desgracia menor en la vida.
 Te ocupaste de cerrar bien todas las ventanas
 antes de sumergirte otra vez en el agua
 esperando recrear las condiciones ideales,
 pero el momento de inventar la pólvora ya había pasado.
 Resentido, decidiste desde ese momento
 circular bien lejos de las malditas ventanas,
 hasta que un día sin saber cómo te encontraste
 irresistiblemente atraído hacia una de ellas.
 Cuando te diste cuenta ya habías pasado
 toda la tarde sentado ahí, mirando hacia fuera:
 una sábana se inflaba y desinflaba en una terraza
 mientras el sol se hundía detrás de los edificios.
 Y había, acá y allá, otros igual que vos
 fascinados por el espectáculo de sus semejantes,
 apostados en otras tantas ventanas minúsculas.
 ¿Y el destello de esa mañana en la bañera?
 Tal vez sí estuviste a punto de descubrir algo,
 o tal vez no. El barrio está lleno de personas
 que miran desde las ventanas de los bares,
 de sus casas, con cara de haber estado a punto
 de descubrir algo en un momento del pasado,
 y si les das cinco minutos te cuentan su vida,
 te cuentan cómo casi hicieron no sé qué cosa.

Clímax

Una persona viajó, otra hizo las valijas y se detuvo de golpe
 en la puerta para dejar que una conversación banal
 con el portero cambiara su vida. No se dio cuenta entonces,
 pero en los días siguientes se sintió incómodo
 viendo a esos aviones que cruzaban el cielo violeta,
 lamponazos de una vieja cicatriz que canta por las noches
 una endecha resentida. Tuvo razón varias veces en su vida
 pero nunca actuó en consecuencia. De eso se da cuenta ahora:
 y cuando actuó inmediatamente deseó haber permanecido
 en el sitio junto a la ventana desde donde podría haberse visto
 salir por la puerta del edificio y cruzar la calle.
 Tal vez se distraería mirando una bolsa que sube y baja,
 y sube más que baja, y después baja y baja y vuelve a subir,
 llevada por el viento. La música empezó a ponerse dramática.
 El viento a remedar el bramido de un coro griego.
 Alguien debería haber contado un chiste en ese momento.

El pasado

El café era rico pero era el más caro.
 Las ventanas, guardadas por cortinas
 que no habían sido lavadas en meses,
 ahumaban ligeramente la luz del sol,
 generando en su interior un crepúsculo falso
 y constante. Una vez me trajeron con el café
 una medialuna mordida por un animal.
 El mozo reaccionó con lentitud
 como si no comprendiera del todo
 y finalmente se llevó la medialuna.
 Nuestra cuota diaria de masoquismo
 quedaba ahí plenamente satisfecha.
 Gran parte de nuestra cuota diaria
 de café y nicotina. Una parte, también,
 pero pequeña, de nuestra cuota diaria
 de exhibicionismo. Los mozos eran mudos, y sordos.
 Las palomas entraban, de vez en cuando,
 y de vez en cuando eran echadas también
 como borrachos que se han pasado de la cuenta.
 Los mozos reaccionaban despacio.
 El dueño parecía un viejo boxeador.
 Creo que ya lo dije: el café era el más rico.

Las cosas

Las cosas que hacen furor, las que pasan sin pena ni gloria
 en algún lado se reúnen, discuten sobre su pasado.
 Árboles y personas, zapatillas con el dibujo de la suela
 todo gastado igual que una cara en un sueño
 en algún lado se reúnen, hablan sobre su pasado.
 Esa taza, y la chica que da el informe del tiempo,
 y el repasador colgado que filtra el paisaje,
 y el portero, que tuvo un pasado antes de ser portero,
 quieren reunirse en alguna parte a hablar sobre su pasado.
 El hijo quiere crecer sólo para llegar hasta ahí,
 para hablar de su padre con su padre, para mirar
 desde una terraza el barrio y hablar sobre su pasado,
 y el pasado del barrio, y después bajar corriendo las escaleras
 y alejarse para siempre en el primer taxi que encuentre.

Traducciones*

* *Un país mental. 100 poemas chinos contemporáneos*, Gog y Magog, Buenos Aires, 2011; Lom, Santiago de Chile, 2013.

Visitando la ciudad subterránea de Beijing

(Meng Jiasheng, Beijing, 1969)

Cavemos profundo, guardemos el grano,
tiremos abajo las casas pero guardemos las piedras
para construir, construyamos en el desierto,
en medio de la selva, bautizando las ciudades
con el nombre de las ciudades destruidas
por nuestras propias manos, cavemos una tumba
para las viejas ciudades, almacenemos el grano
bien profundo, donde no llegue la luz, el aire,
cavemos una tumba para el grano, para las ciudades,
llevemos el desierto a la ciudad, la ciudad a la selva,
socavemos las ciudades cavando para ellas
un refugio nuclear, una ciudad fantasma.

Ciudades

(Meng Jiasheng, Beijing, 1969)

Una ciudad que no conoce, una ciudad
 en la que no estuvo, una ciudad en la que estuvo
 de paso, en la que pasó una noche, dos días o un año,
 una ciudad en la que vivió casi toda su vida
 sin conocerla, caminando siempre en círculos,
 una ciudad que intuyó desde la ventanilla de un micro,
 a través de los ventanales de un aeropuerto,
 mirando a los aviones despegar en el atardecer
 (los nombres en el tablero no le dicen nada),
 una ciudad imaginaria, una en la que sintió
 una especie de *deja vu* al llegar por primera vez
 y recorrer sus calles, una ciudad que odia
 por las mismas razones por las que ama a esa otra
 (ambas desconocidas), una en la que pasó una tarde
 conversando con una chica en un lenguaje de señas,
 una con playa en la que encontró una piedra
 hermosa: la llevó en su mochila durante un viaje
 para abandonarla, un día, de golpe, en otra ciudad.

Destino (a Xuehua)

(Meng Jiasheng, Beijing, 1969)

Cómo iba a saber entonces, hace diez años,
 esa noche en el cumpleaños de un amigo en común
 cuando me dibujaste con el índice de tu derecha
 sobre mi palma el ideograma de tu nombre,
 que esa marca invisible iba a quedar en mí,
 que iba desde entonces marcado igual que un animal
 para siempre. Se enfrió lo que me quemaba
 y me quedé mudo, mirando por la ventanilla de un micro
 los campos pelados del invierno del norte,
 pensando en matemáticas, en sumas y restas.
 Te perdí el rastro y volví a encontrarlo de vuelta,
 y a perderlo y a encontrarlo, una y otra vez:
 tenías el pelo más corto, luego más largo de nuevo,
 teñido de tal color, anillos en las manos,
 y un tatuaje rústico con el nombre de un novio.
 Todo esto pudo confundirme en la superficie
 pero nunca dejé de pensar en lo que me dijiste esa noche
 en el bar: quizás otra vez, en un par de años...
 Pasaron diez. Los dos seguimos escribiendo.
 Leer tus poemas cada vez más hermosos me da escalofríos,
 me emociona. Las hojas están bailando en la esquina
 para recibir la primavera, los pájaros cruzan el cielo,
 los campesinos instalan en las esquinas de la ciudad
 sus puestos con fruta. Envuelto en la humareda leve del té
 leo un destino ambiguo en las líneas de mi mano.

Perros salvajes

(Yu Yang, Xinyang, 1977)

AL ENTRAR A la aldea hay una luna tenue en lo alto.
 Primero un perro ladra, después todos los perros,
 ah, como si hubiera un perro en cada casa.
 Tiembla el músculo de la noche, los resortes de un colchón,
 mi ventana de madera brilla: formando una jauría
 los perros cruzan portones cerrados, campos baldíos;
 al pasar frente a mí, hijo pródigo y retornado,
 se detienen jadeando, con la mirada feroz,
 luego continúan igual que un gran viento,
 convertidos en dueños de la aldea. Soplan, en oleadas,
 a través de esos niños y sus mochilas volando en la espalda,
 a través del viejo que espera aturdido, sentado al sol, la muerte,
 de esas cuarentonas, cintura gruesa y brazos desnudos,
 barro escurriéndose, doloroso, entre los dedos.
 La noche los arropa: los calma, los arrastra hacia sus cuchas.
 Los músculos y nervios como acero, el pelo erizado, eléctrico.
 Esperan la llegada de aquel que los justifica:
 el ladrón que saquea, cada vez más osado, las casas vacías.
 Un perro, a fin de cuentas, no es rival para un hombre:
 ¡carne roja de perro hierve día y noche en las ollas!
 Un perro, a fin de cuentas, no es un hombre: día tras
 día, en los campos yermos, repletos de pozos como bocas,
 corren y se revuelcan desaforados, pelean, copulan sin pudor,
 sin plan reproductivo, engendran una camada tras otra,
 tras otra, perros bastardos con su máscara en los ojos:
 la mayoría son abandonados, mueren de hambre junto a un desagüe,
 o renguean, sin una pata, tras los pasos de un desconocido.
 Los otros devoran los bebés dejados entre los arbustos.
 Noche tras noche corren en la arena, en el cruce desierto entre dos ríos.
 Aúllan, y la luna brilla sobre su pelo azul caliente.

Canción del pasto (año 2060)

(Yu Yang, Xinyang, 1977)

Crece con las lluvias, levantándose desde los cráneos;
 tapa el cauce de un río reseco, haciendo que los peces
 de la infancia descansen entre sus raíces maduras.
 Invade campos abandonados. Sigue creciendo,
 llevando la indefinición a todas partes.
 Una lluvia cálida tras otra lo reclama hacia el este.
 Irrumpe en las escaleras cerradas. Crece
 frenéticamente, absorbiendo aves domésticas,
 haciendo que los perros evolucionen en lobos,
 y que a los cerdos les crezcan colmillos afilados.
 Pero aún no es suficiente: sigue creciendo.
 Se agrupa y conjura de regreso, ominosamente,
 las catástrofes ya domesticadas por el hombre,
 entierra las aldeas bajo un bosque primitivo.
 Los campesinos, con sus manos negras, atrapan ratones,
 dan la vuelta y escapan hacia el sur; el pasto frenético
 canta en la sombra y corre. Los senderos hacia la escuela
 parecen emboscadas dispuestas por un cazador.
 El pasto crece hasta sus rodillas pero los chicos,
 con la cabeza hundida en la hoja, siguen dibujando manga.
 Y esos dos que se mueven sobre la cama
 bastará que se detengan apenas para que el pasto,
 frenético, comience a brotarles de los ojos.

Inédito

Una conversación puede extenderse años
evitando siempre acercarse al nudo.
Pero esto no lo sabía entonces.

En una fiesta donde nadie era feliz
encontró una nota tirada en un rincón.

Faltaba poco para que se hicieran las doce
y empezó a pensar que nunca había salido
del círculo de sus obsesiones:
 té con scones, ventanas,
ambientes frescos y aromatizados.

O la línea esmerilada que deja
una babosa en una página.

De noche en la costanera
 una fila de mesas largas,
 luces sobre el río, barcos,
 van ahí a comer sandías,
cortan, escupen la semilla, tragan.

Camino negro, con una luz al fondo.
Hacia allá van, hacia allá vamos.

Tené en cuenta que esto era otro lugar entonces.
Era verano. Te lo cuento para que guardes
la imagen de una santa y una niña
caminando en la noche cerrada.

Escupían las semillas directo al suelo,
como quien siembra.
 Y hoy en la noche de 10 estrellas
yo pienso en esa siembra.

 Lo importante es que hubo,
entonces, alguien que contaba los pasos
y guardaba las fechas

 El hombre que guarda las fechas
El hombre que cuenta los pasos

Esa mujer se preocupaba por los gatos de un baldío,
les tiraba comida a través de una pared.

Vos pensás en todas esas casas vacías,
en cómo se acumula el polvo ahí adentro
durante meses, y la maleza en el jardín.

Te preocupás, pero sin exagerar.
Seguís caminando todos los días
en diagonal a través de un parque.
Regás tus plantas, recitás mentalmente tu decálogo.

Olvidaste el detalle de la historia de estas casas
pero el emblema que las resume
está grabado a fuego en tu cabeza.

 Igual que un pozo, o la idea de un pozo.
La ciudad se hunde pero el pozo permanece.

En el bosque, dentro de la mente,
hay un camino que no lleva a ninguna parte.
El camino que no tomaste.

Algo que forma parte de vos pero no te conoce.
Objetos recogidos de una excursión casual,
un 7 de oros, después un ancho de espadas.

 Tenés música para varios días en la compu,
comida, un patio desde donde ver los aviones,
¿pero estás preparado para el exilio interior?

¿Está preparado para escuchar
el ruido que hacen las paredes?

Soñé que era una cabra que perseguía a un caballo,
que escapaba de la cabra, que escapaba
de la idea de ser una cabra.

Me desperté pensando en lo que me dijiste:
que hay un hueco en la historia del vino en la Argentina.

Me quedé pensando en el hueco que hay en la historia del vino.

Si existen, como dice H., momentos que tardan
cincuenta años para encontrar la palabra justa
quizás este sea un momento así.

Oscurece.
Ya no se ve la montaña.
Oigo llaves, zapañillas contra la grava del camino.

Estoy lúcido y tengo mis ideas en orden.
Sean cuales sean mis defectos
nadie podría decir de mí que,
absorto en una partida de ajedrez,

sería capaz de abandonar mis responsabilidades
o escapar manejando en medio de la noche.
Soy, en cierta forma, mi artífice.

Eso es escribir, y eso también.
Un árbol que es un retoño de un árbol famoso.
Los pedazos de una familia.
El murmullo de una novela.

Hasta ayer era otoño acá,
y la calle estaba llena de hojas.
Después un día llovió y se inundó todo.
Tiraron una pared abajo.
Otra se desmoronó.

Yo también, como cualquiera, hice mi apuesta.
Cavé un pozo por el solo placer de cavar un pozo
y llevé una piedra en mi mochila de una ciudad a otra
sin ningún motivo en especial.



Miguel Ángel Petrecca (Buenos Aires, 1979). Es editor, traductor, poeta y periodista. Es licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires y egresado de la Universidad de Lengua y Cultura de Pekín, donde vivió durante un año. Ha publicado *El gran furcio* (Gog y Magog, 2004), *El Maldonado* (Gog y Magog, 2007), *Un país mental. 100 poemas chinos contemporáneos* (Gog y Magog 2010; Lom, 2013) y *La voluntad* (Bajo la Luna, 2013). En 2013 regresó a China y vivió durante cinco meses en Shanghai. Actualmente cursa un máster en Estudios Chinos en el Instituto Nacional de Lenguas y Civilizaciones Orientales de París.

Carmina Estrada

Edición

Jorge Posada

Selección

Daniel Samos y Elisa Aguilar

Diseño original

Itzel Rivas Victoria

Asistencia editorial

Cartografías

Punto en línea núm. 48, 2014

La presente edición es una versión en formato PDF
de la sección Cartografías, a cargo de Jorge Posada.

www.puntoonline.unam.mx